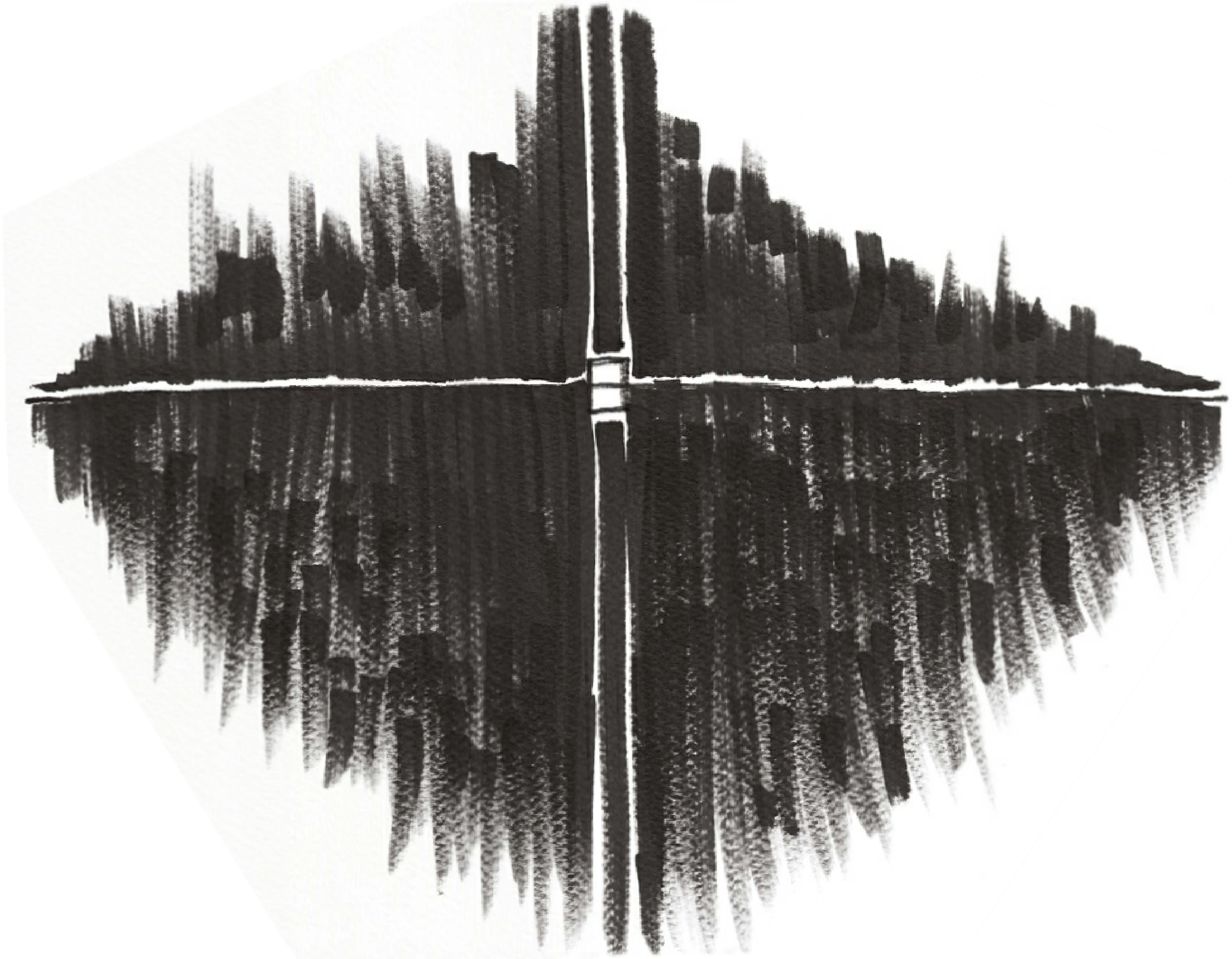
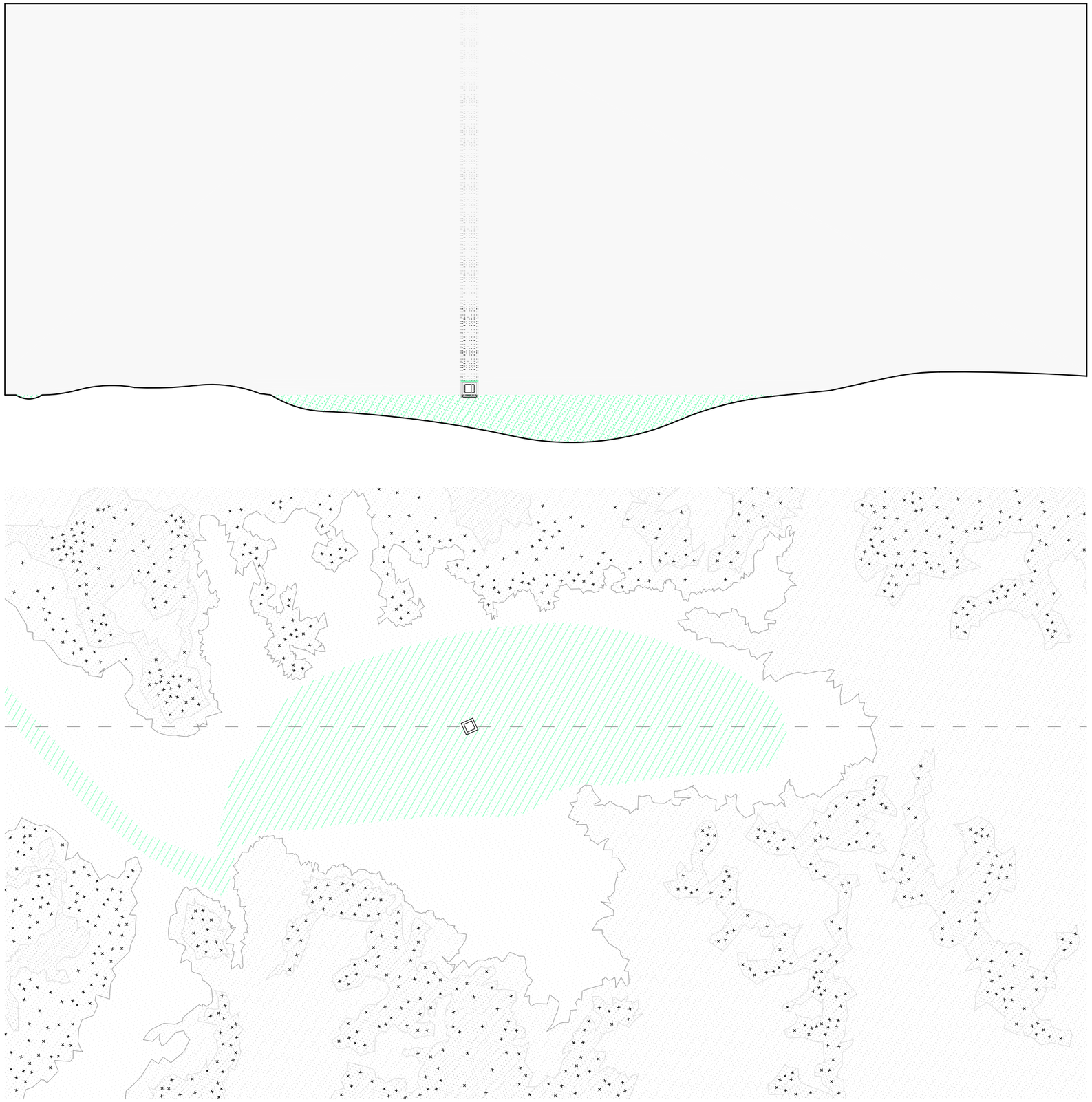




Una torre para volar

Mi primer sueño lúcido se desencadenó cuando alguien me dijo que intentase atravesar con mi brazo la pierna de Bill Murray. 'Es un fantasma, prueba a hacerlo' me sugirió el señor que estaba sentado a mi lado. Estábamos alrededor de una hoguera y Mr. Murray hablaba de pie a mi izquierda. Lo hice sin darle mucha importancia hasta que sentí como mi mano atravesaba su pierna. En ese momento me di cuenta de que estaba soñando y, casi instantáneamente, todo se volvió más nítido, más claro, más saturado de colores... Me puse de pie, me giré y dije: 'Ahora, si me disculpan, me voy a volar un rato'. Luego di un pequeño saltito y volé.

Hacía un par de meses que había redescubierto la existencia de estos sueños, la habilidad olvidada de conseguir mantener consciente la mente cuando se sueña, de ser capaz de explorar el universo propio. Los sueños lúcidos no son algo nuevo ni raro, están presentes en nuestras vidas desde la niñez, cuando los adultos nos consolaban al tener pesadillas diciéndonos que aquello que nos atemorizaba no era real.

Después de este sueño extraño indagué algo más y descubrí que una de las cosas que más se repiten en los soñadores lúcidos primerizos es la automática *necesidad* de volar. Eliminar la gravedad, experimentar la visión panorámica o 360º, transformarse en lobo y otros animales son situaciones que tienden a repetirse en el mundo de los sueños lúcidos, pero volar es la favorita.

La torre en este caso, es en realidad una puerta, un umbral. Un lugar para descansar y volar en ese mundo que existe al atravesar el espejo. Una torre para dormir, una torre para soñar.

El lago, los reflejos y la luz son los elementos que generan esta altura escondida. **Dos espejos se enfrentan y generan un espacio, una ilusión.** Se diluye el umbral, se abre la puerta para cruzar y ascender al mundo onírico. La *subida* a este lugar es una transición distinta: navegar en un lago que refleja las estrellas.

El lugar elegido es Jusan Pond. Se trata de un pequeño lago ubicado en el condado de Cheongsong, en Corea del Sur. Para llegar al espacio central se usará el diminuto muelle en su orilla. El estanque es parte de un parque nacional, y la calma de sus aguas consigue un efecto espejo casi perfecto.

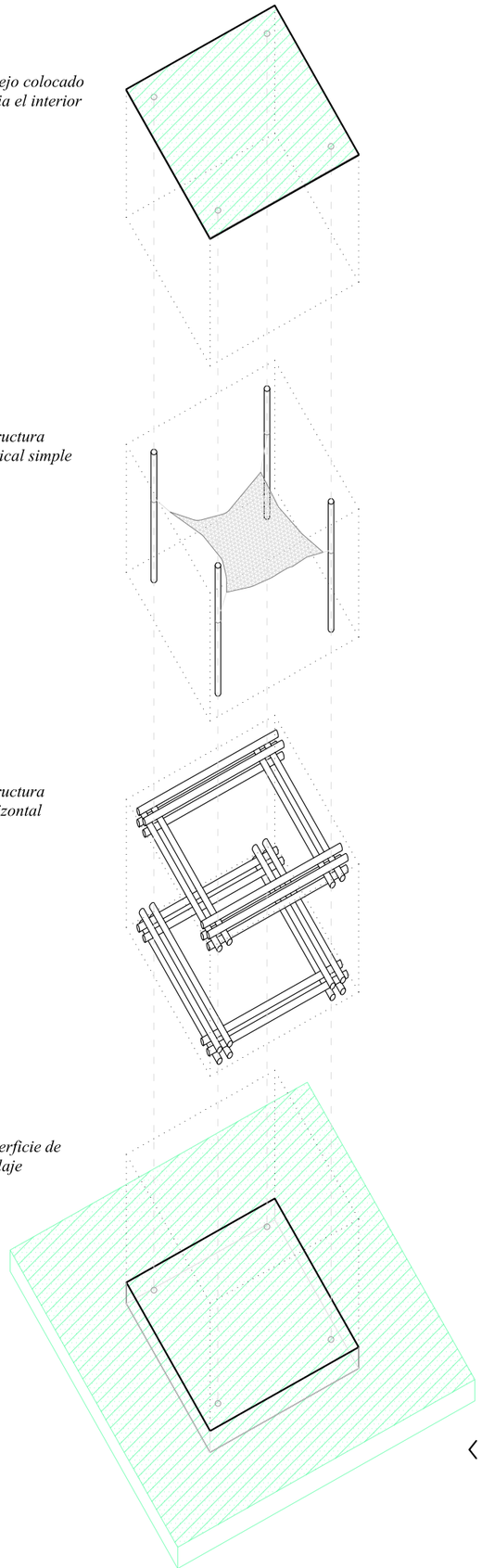
Plano Situación. *Jusan Pond, Corea del Sur e 1/2000*

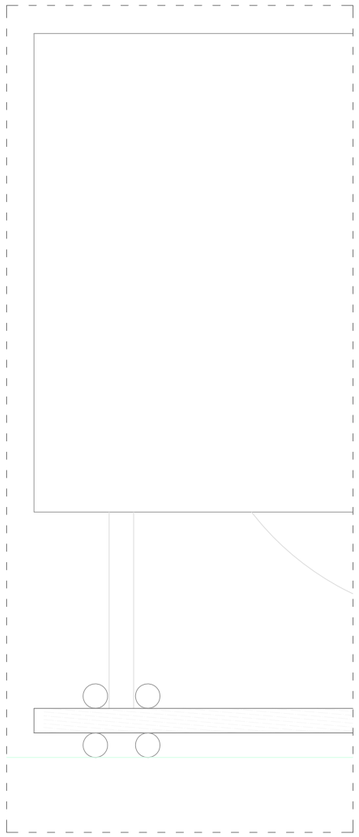
Espejo colocado hacia el interior

Estructura vertical simple

Estructura horizontal

Superficie de anclaje



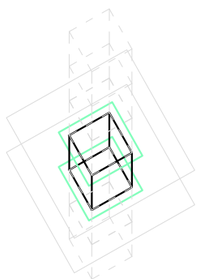


En los laterales, durante la noche, es posible colocar una fina capa a modo de cortina hasta el comienzo de la red, desplegada desde la estructura superior.

Alzado
e 1/25

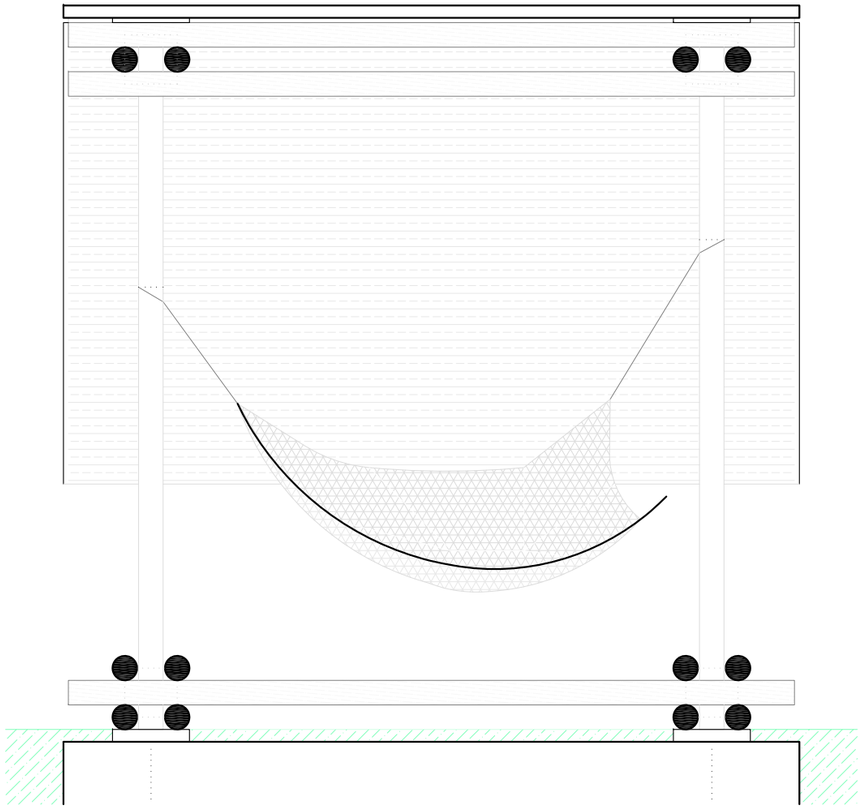
En el interior, una gran red descuelga de la estructura ligera y permite dejar pasar el reflejo de la imagen.

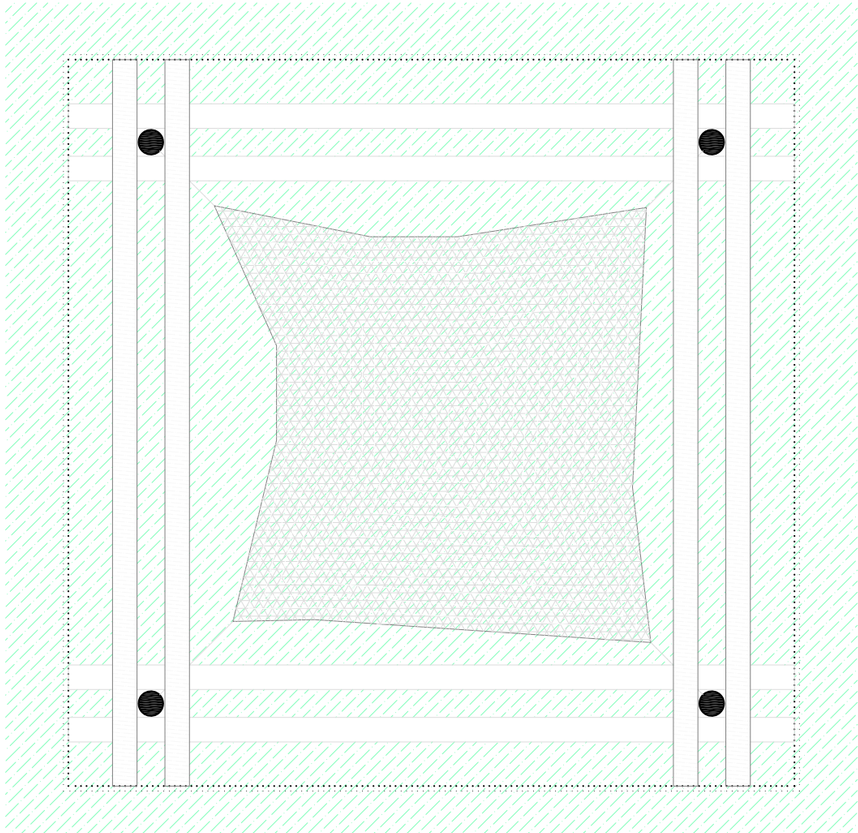
Planta
e 1/25



La superficie del lago actua como espejo, convirtiendo el espacio interior en un bucle de reflejos. La torre solamente existe si nos situamos en el interior.

Esquema volumétrico
e 1/200





El trenzado de los nudos favorece la estabilidad estructural. La superfcie de anclaje se sumerge de modo que el espejo refleje la superficie del lago tras la red.

Sección
1/25

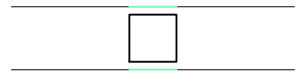


Fig. 1

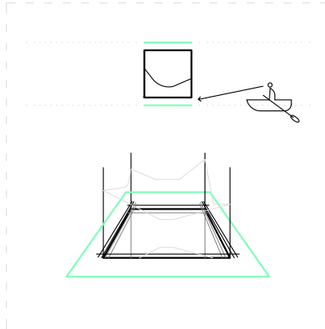


Fig. 2

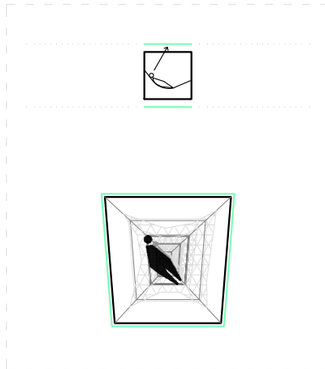
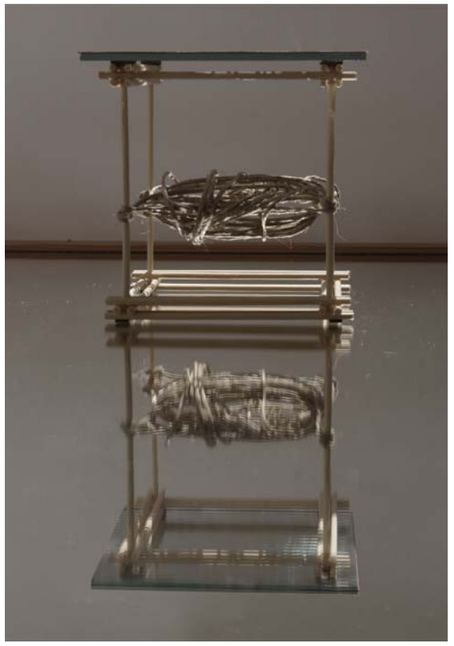
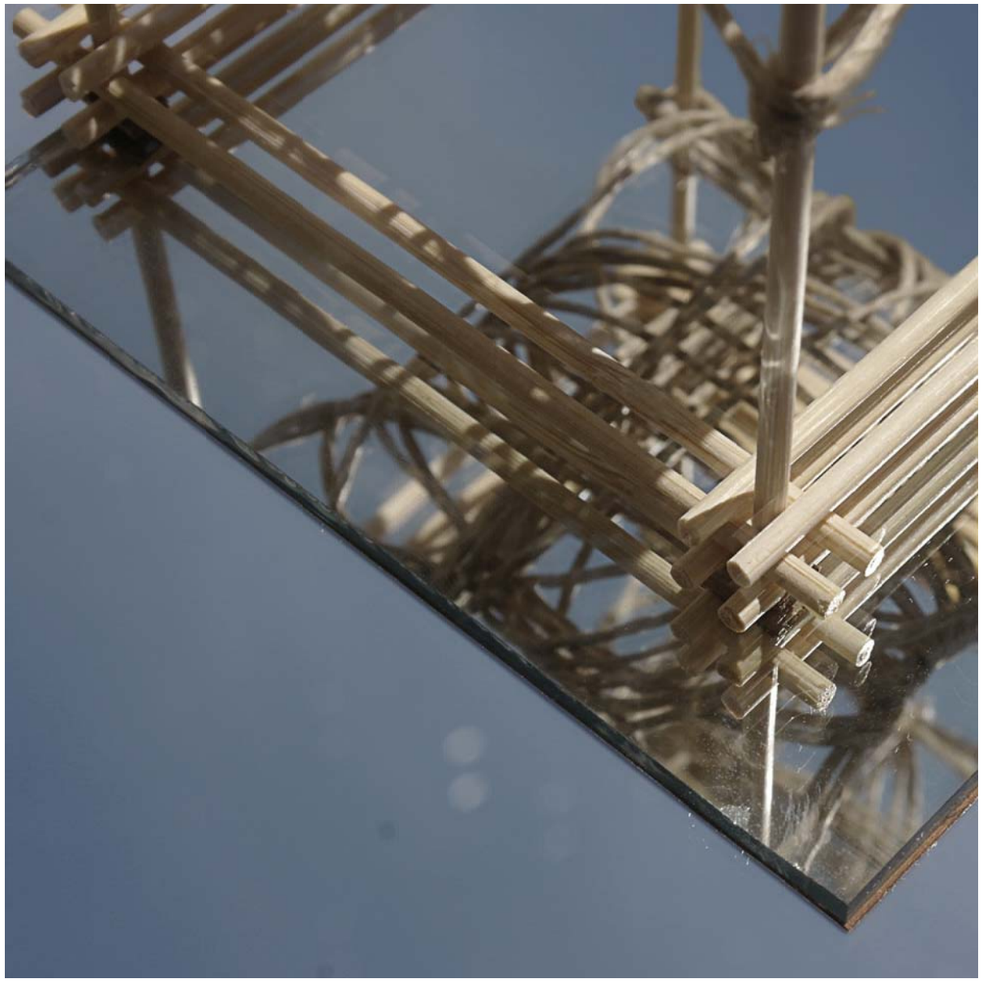


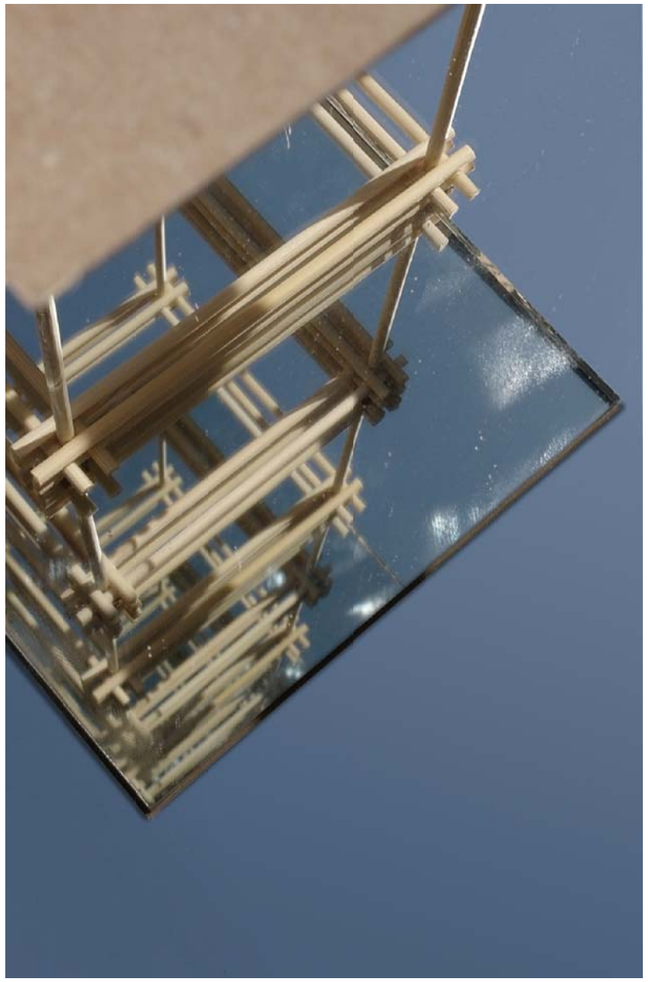
Fig. 3

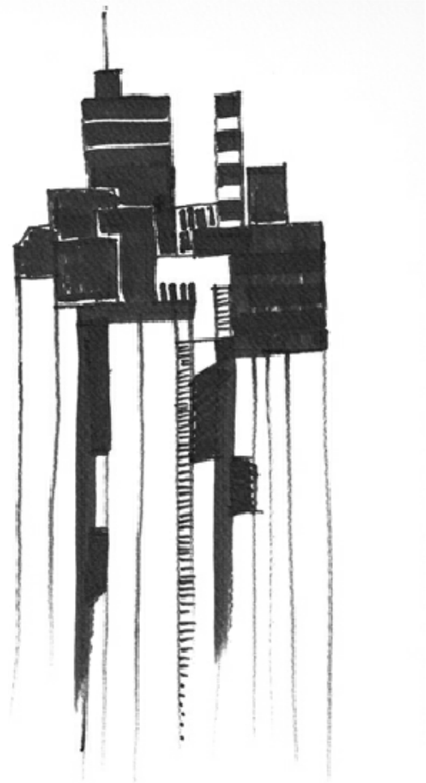
La torre escondida

Dos espejos enfrentados, uno situado en el techo y otro en la misma superficie del lago, generan una torre oculta. Una torre que no existe desde el exterior *(Fig. 1)*, escondida, que pertenece a la visión de cada individuo. Los reflejos se multiplican, la estructura parece flotar en el cielo reflejado en el lago. El espacio generado produce una situación de corte y continuidad: *corte* al acceder *(Fig. 2)*, ya que la torre se hunde en el lago a través del espejo, separando ilusoriamente las aguas, y *continuidad* al observar desde el interior *(Fig. 3)* la repetición infinita de los espejos.



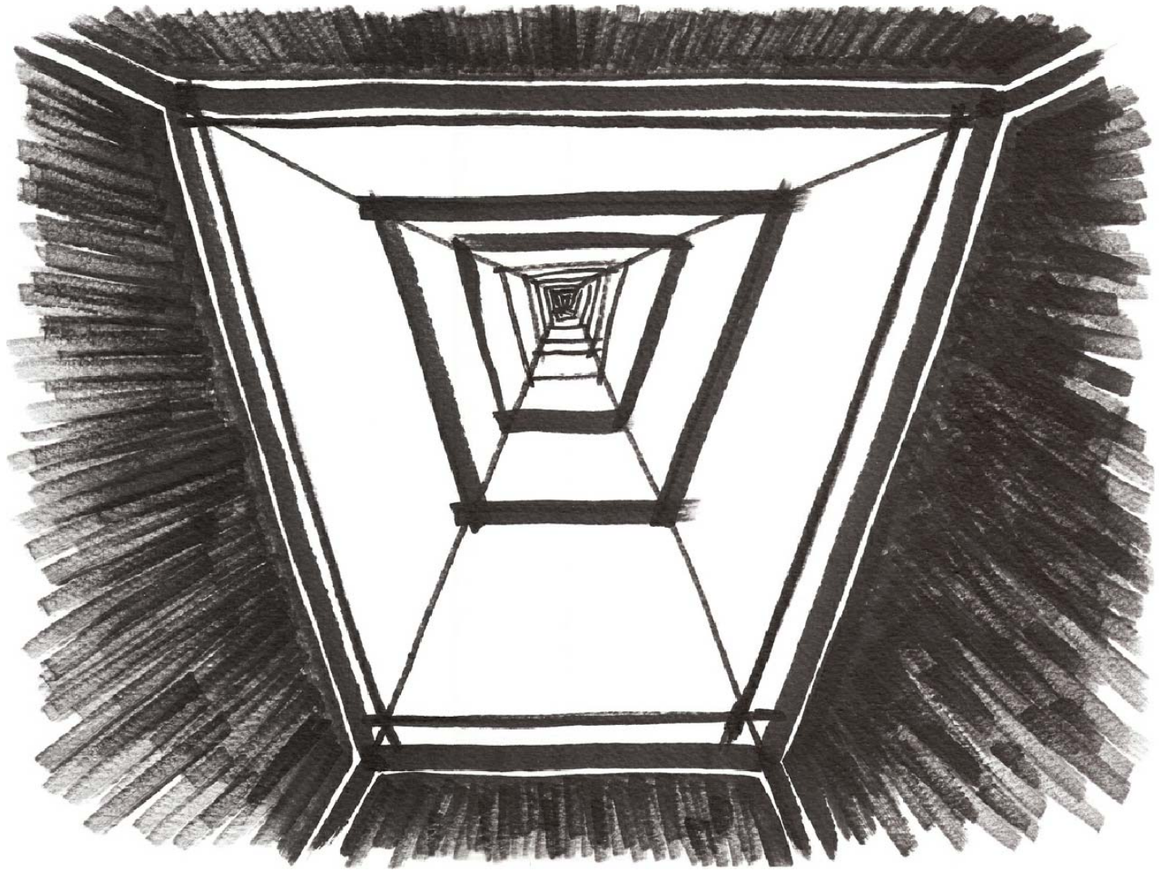






Después de andar siete días, a través de boscajes, el que va a Baucis no consigue verla y ha llegado. Los finos zancos que se alzan del suelo a gran distancia uno de otro y se pierden entre las nubes, sostienen la ciudad. Se sube por escalerillas.
Los habitantes rara vez se muestran en tierra: tienen arriba todo lo necesario y prefieren no bajar. Nada de la ciudad toca el suelo salvo las largas patas de flamenco en que se apoya, y en los días luminosos, una sombra calada y angulosa que se dibuja en el follaje.
Tres hipótesis circulan sobre los habitantes de Baucis: que odian la tierra; que la respetan al punto de evitar todo contacto; que la aman tal como era antes de ellos, y con catalejos y telescopios apuntando hacia abajo no se cansan de pasarle revista, hoja por hoja, piedra por piedra, hormiga por hormiga, contemplando fascinados su propia ausencia.

Italo Calvino. Baucis, de Las ciudades y los ojos III,
Las Ciudades Invisibles

Izq., completa con red; Dcha., únicamente estructura para comprobar el efecto espejo y su longitud aproximada sin deformación.

Maquetas de trabajo